Extraño a los poetas refractarios-

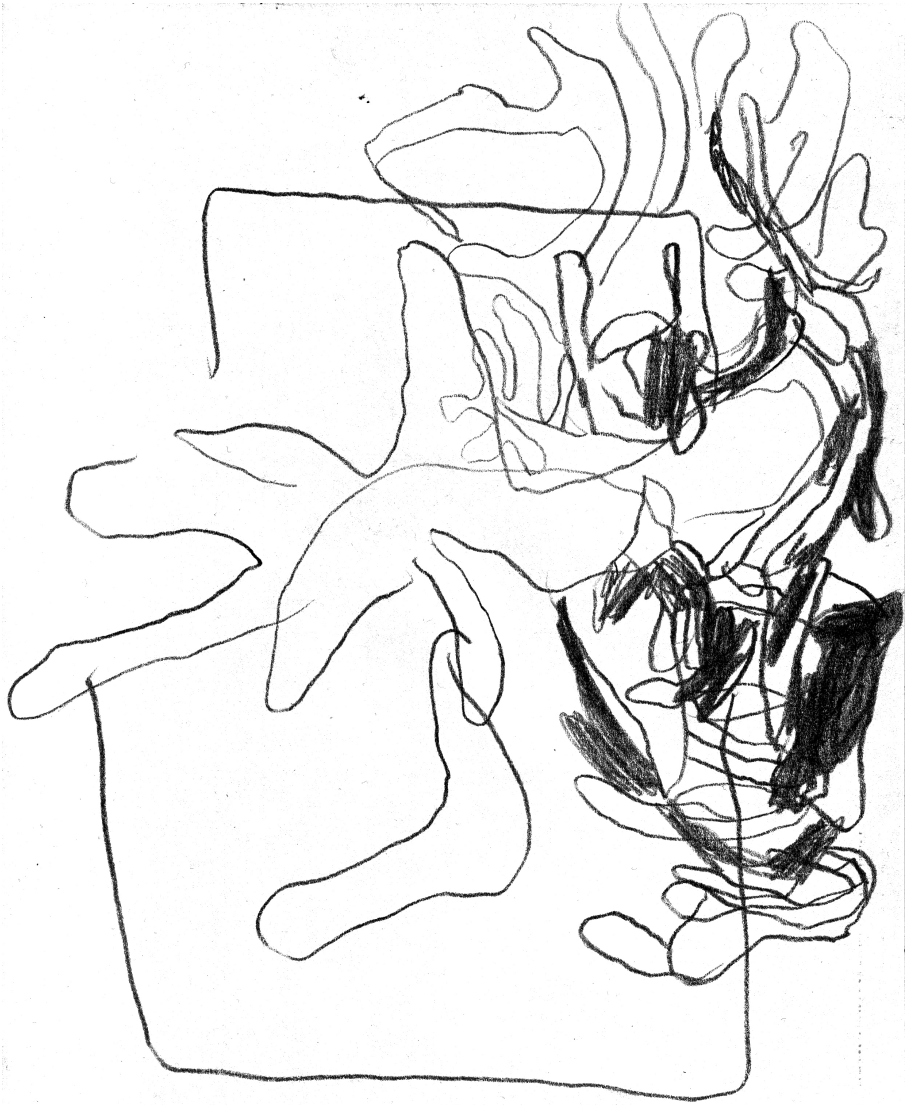
Leandro Ramírez

julio, 2011

“Hice un pacto con la prostitución para sembrar el desorden en las familias. Recuerdo la noche que precedió a esta peligrosa asociación.”

Conde de Lautréamont, Cantos de Maldoror.

¿Dónde están?



Desde ya que los supongo activos, conspirando en un escondrijo, o incluso bailando en el piso de abajo, en oficinas clandestinas.

Esta exclamación: *Extraño a los poetas refractarios* no se presenta en un sentido nostálgico, sino buscando la complicidad de los activistas inconscientes y de los nómades irreductibles a la educación para La Realidad.

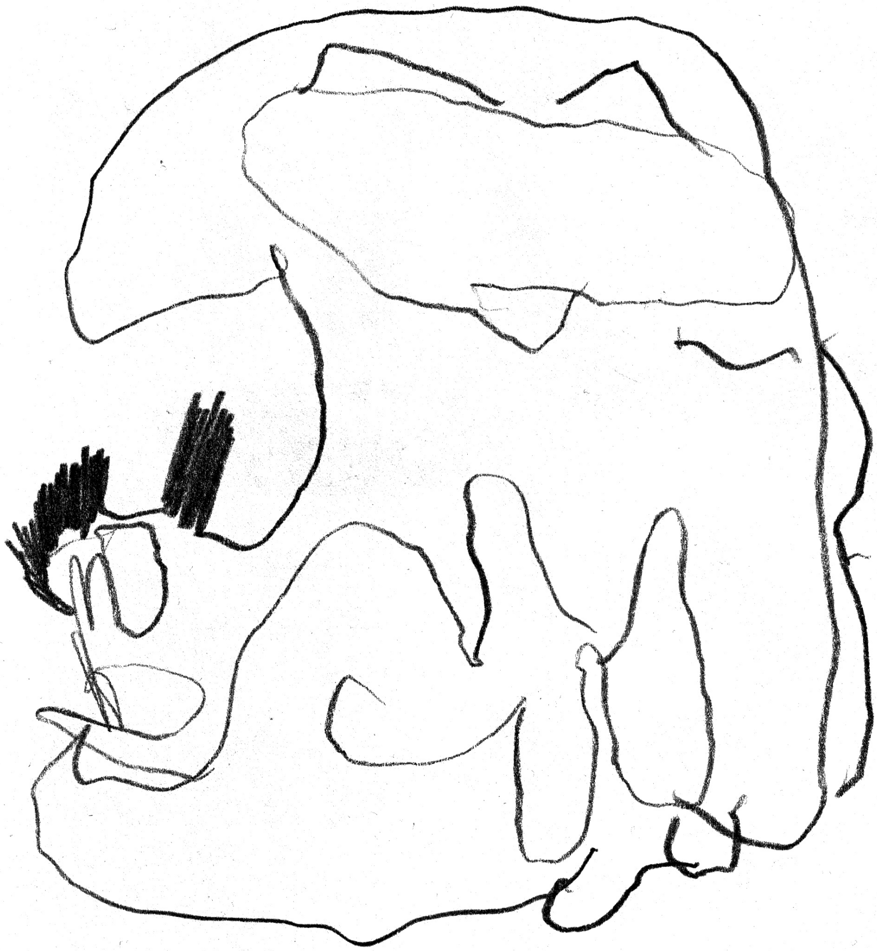
Probablemente el pensamiento poético se tensa sobre el lenguaje en el que su propio juego está inscripto, hasta encontrar sus fisuras. Cuando este juego también se aplica en ataques, burlas u objeciones al orden dado en esta parcela militarizada que llamamos La Realidad, se nos advierte que estamos arrojándonos inevitablemente a un callejón sin salida.

Pero se olvida a veces que en los callejones suceden cosas muy interesantes. Además ¿quién dice que todo aquel que se mete en un callejón sin salida está escapando de algo o queriendo fugarse?

¿Qué pasa si la intensión es habitar ese espacio, o si el extraño que se introduce en el callejón en realidad está acudiendo a un encuentro previamente pautado? Incluso puede darse que el pasaje que no nos parece habitable sea, en otro momento del día, el lugar que los poetas refractarios eligen para ciertos intercambios.

¿Qué pasa si un callejón sin salida se sofistica con trampas para burlar a la policía?

Los poetas refractarios probablemente no extrañen la vigilancia y se introduzcan bajo su propia responsabilidad en este antro. No extrañan la vigilancia que se les ofrece porque piensan que “cuidar” es -tarde o temprano- lo mismo que encerrar. Entonces recuerdan que todo lo que los seduce los remite a las ganas de destruir un poco aquí y un poco por allá los dólmenes de un mundo marcado en el rostro por un agrio maquillaje lacerante.

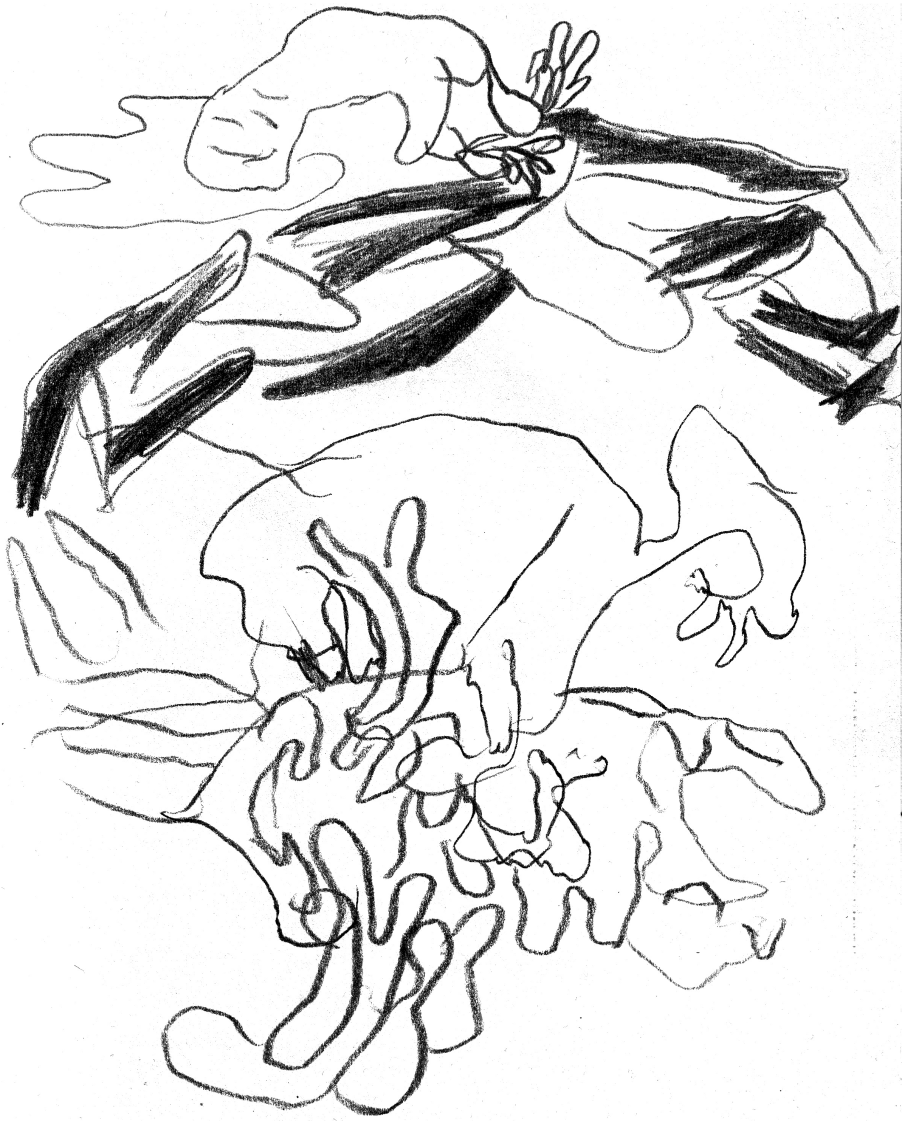


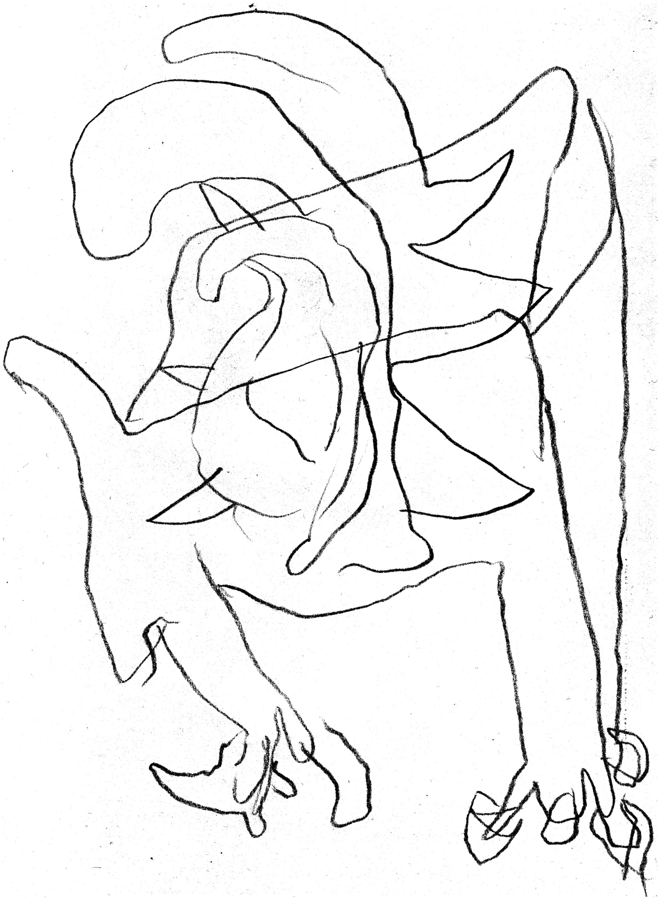
Hombre apuesto: - El consentimiento, querida. Finalmente nos trajo problemas.

Voz de la experiencia: - Pero por favor, muchacho, mantenga operativa la barrera entre lo que es *crear* y lo que es *destruir*, por lo menos mientras se dirige a mí. Necesitamos vivir tranquilos, que las cosas se mantengan serenamente como hasta ahora. Hágalo al menos por respeto a sus mayores.

Reo 1: - Todo esto que usted teme es movido por el erotismo, señor. Casi se diría que yo no soy responsable por estos daños.

Reo 2: - Lo lamento, váyase acostumbrando o retírese de la escena para aplicarse a pasatiempos decorativos.





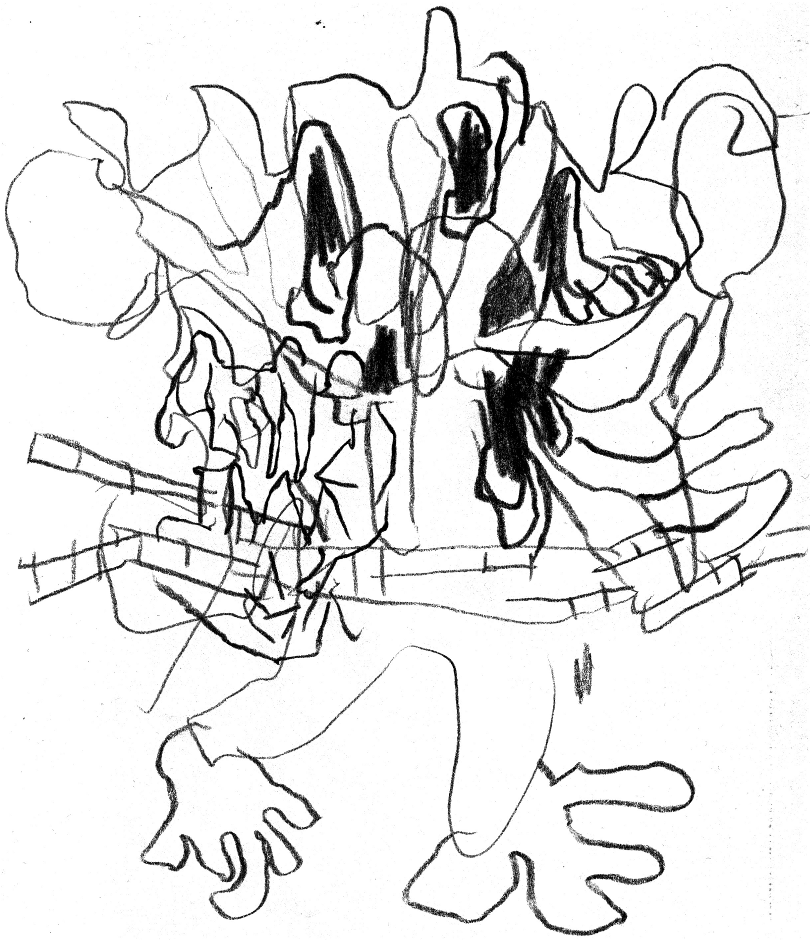
No hay cuestiones de Deber para gente tan desconfiada. Sin embargo se llega a un punto donde el deseo ya *hace cosas.*

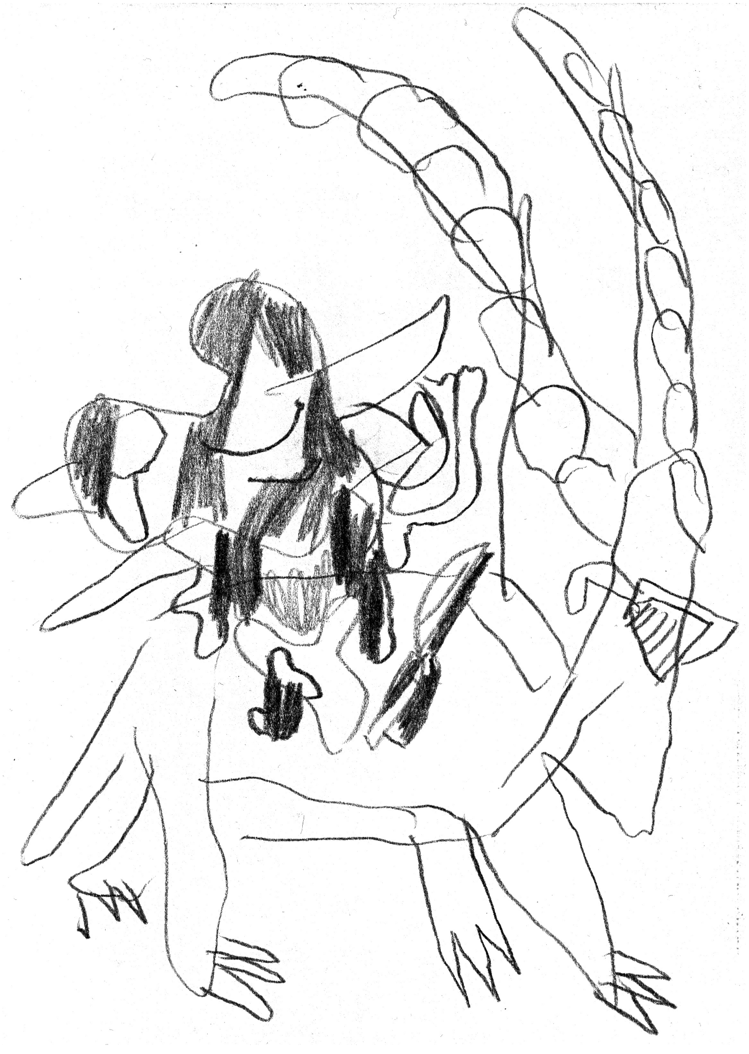
Lo que se plantea no es una añoranza por algo que se conoce o se desconoce. El deseo ya empieza a cambiar nuestra disposición y nuestro respeto por las cosas. En apariencia acudimos a una cita con vistas a una simple práctica revoltosa, pero advertimos que el encuentro en el callejón tiene la naturaleza de un disturbio, de una fiesta que continúa cuando ya estamos solos, recostados en la cama, conspirando con sueños desestabilizadores.

Jefe de familia: - Mejor dejemos las cosas así, ya que de todos modos obtengo alguna conveniencia.

Medium ocasional: - En el vientre de los pájaros he leído que *“La Realidad* es algo que se cría y se ceba empleando avanzados métodos agropecuarios”.

Pastor, presunto árbitro de la imaginación: - No ofenda mi trabajo. ¿Usted qué tiene para ofrecer?

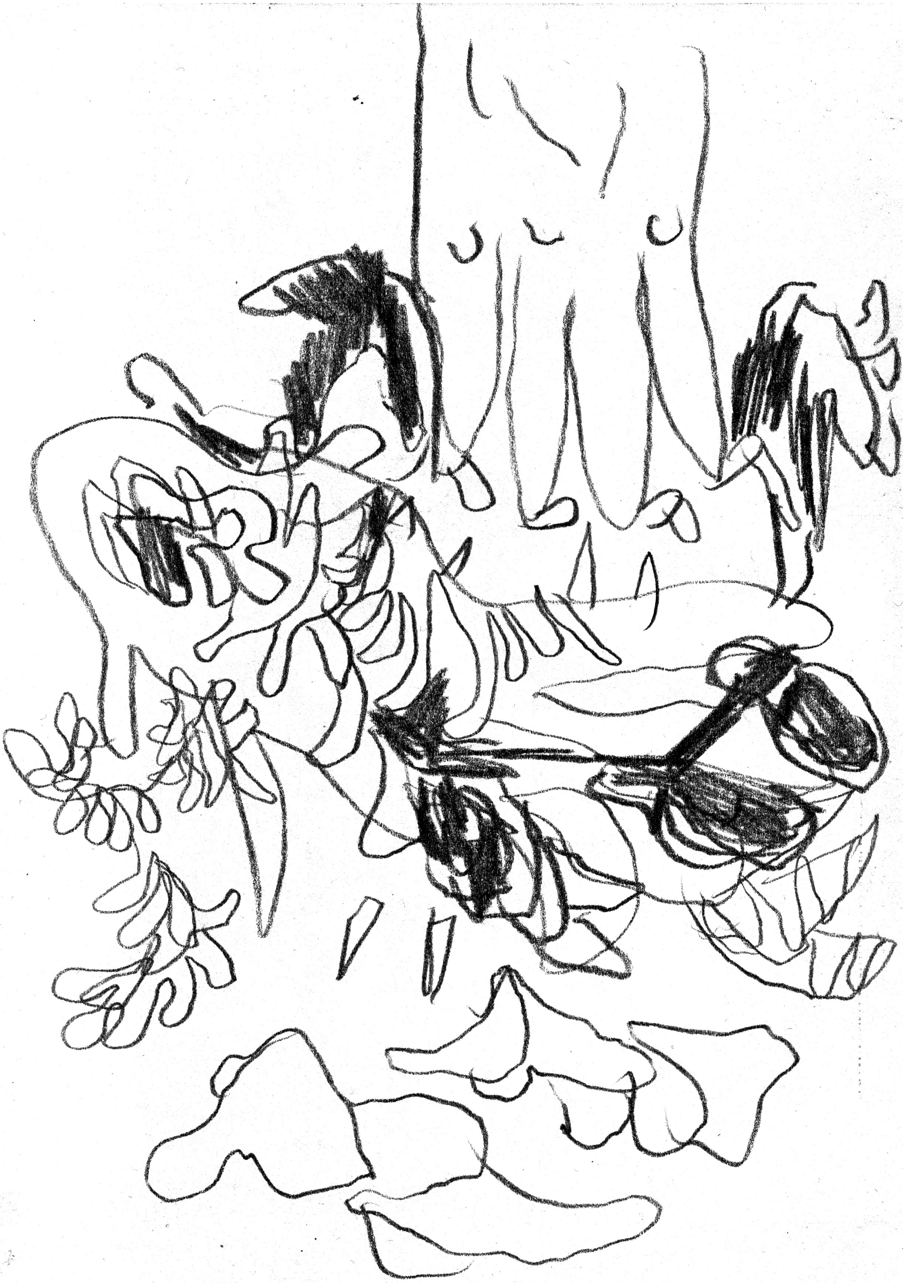




Por lo visto hay discusiones que arruinarían el trabajo de crianza. Advertimos esto cuando nuestro juego primario comenzó a chocar con los muros de esos corrales. Y nos pareció de mucha urgencia merodear alrededor de algunas trampas mal construidas, yendo de excursión por callejones con los que no entienden las razones. Manteniendo el empecinamiento incluso cuando somos sometidos a fuertes temperaturas.

Comentario: ¿Qué pasaría si la imaginación se amotinara un día en la cabeza de alguien y empezara a producir imágenes que desestabilicen por lo menos su propio orden cotidiano, al punto de toparse enseguida con las ideas-límite de un orden social?

Joven asomándose por la ventana: - ¡Cómo! ¡Continúan embistiendo contra los muros! ¿No se hacen daño, papá?



celebrante@gmail.com
www.flickr.com/aliasaliasalias

BY-NC-ND